

rando que las manifestaciones ultramontanas, cuya reerudescencia podría comprometer la seguridad interior y exterior del país, constituyen una flagrante violación de los derechos del Estado, invita al gobierno á usar de los medios legales de que dispone para reprimir la agitación producida, y pasa al orden del día. Molestado el mariscal, aunque sin motivo, con este voto, habría quizás tomado una determinación inmediata á seguir su propio impulso; pero sus inspiradores quisieron que tuviese un pretexto, bueno ó malo, para intervenir personalmente. Las circunstancias no tardaron en depararle la ocasión que anhelaban. El doce de Mayo, la Cámara emitía su voto favorable á la publicidad de las sesiones de los ayuntamientos, medida reputada entonces eminentemente revolucionaria, y tres días después, abrogaba, contra la opinión del presidente del Consejo, el título II de la ley de imprenta de veintinueve de Septiembre de mil ochocientos setenta y cinco, transfiriéndose por esta reforma, de la policía correccional al jurado, el conocimiento de las ofensas dirigidas á los soberanos extranjeros y otros delitos cometidos por medio de la prensa. El mariscal, aleccionado por sus consejeros, creyó no deber aguardar más. El diez y seis de Mayo, la mayor parte de los diputados y senadores republicanos asistían al entierro de Ernesto Picard, el antiguo diputado por París, individuo que había sido del grupo de los Cinco y uno de los más temibles adversarios del Imperio: habiendo vuelto á figurar en las filas de la oposición desde el veinticuatro de Mayo de mil ochocientos setenta y tres, los hombres del «orden moral» conservaban aún frescas las heridas que les causaran sus certeros dardos. La muerte le había sorprendido á los cincuenta y seis años de edad, siendo senador inamovible. Tratábase de uno de los fundadores de la república; pero, á pesar de ello, sus meritisimos servicios no se recordaban sino distraidamente por los que seguían el fúnebre convoy. El pensamiento de todos estaba en otra parte; entre los diputados, entre los senadores, entre el público, en general, sólo se hablaba de la extraña carta escrita á Julio Simón por el mariscal, acusándole de no haber empleado todos los medios debidos para oponerse á las votaciones recaídas en la Cámara sobre los asuntos de que antes hablamos. La inoportuna y provocativa intervención del mariscal en materias que sólo atañían al Parlamento y al gabinete, obligó á Julio Simón á retirarse del gobierno, é hizo creer á los monárquicos que al cabo la fortuna iba á tornárseles propicia.

Bismarck, no obstante, comprendió, como hemos dicho, que esta esperanza no era más que una ilusión, hija del deseo, y previó que el cambio que estaba á punto de operarse en Francia, privando de la dirección de los asuntos exteriores al duque de Dezazes, modificaría probablemente la política internacional de la República. Por esta razón y las demás que quedan expuestas, pareció oportuno demostrar alguna solicitud á favor de la causa de Rusia, tan comprometida por efecto de las inesperadas victorias de los otomanos. Mostróse, en su consecuencia, mucho más reservado en sus relaciones con

Italia, y en vez de alentar á Austria-Hungría en sus armamentos, empleó su ascendiente con ella para inclinarla á evitar, en caso necesario, que Turquía abusase de sus triunfos. A esta fin, se avistó con el conde de Andrassy en Salzburgo el veinte de Septiembre, prometiéndole sin duda que facilitaría la ocupación de Bosnia y Herzegovina por los austriacos, con lo que, halagando uno de los deseos más ardientes del emperador Francisco José, brindaba al par á los húngaros el medio de impedir que Servia y Montenegro se engrandeciesen con aquellos territorios. No debía, empero, ser esta la última fase de la hábil política bismarckiana con motivo de la guerra ruso-turca.

La situación de los rusos delante de Plevna era sumamente crítica. El Czar dispuso la movilización de la guardia y de cuatro nuevos cuerpos de ejército; esperaba reunir para fines de Agosto quinientos cincuenta mil hombres; pero, en el entretanto, había que renunciar al movimiento de avance. Se trasladó el cuartel general de Tirnova á Bulgareni, y después á Gorni-Studena, solicitándose con insistencia la cooperación activa, hasta entonces desdeñada, de los rumanos. Ya en treinta y uno de Julio, redactó el gran duque Nicolás, en Tirnova, el siguiente telegrama: «Al príncipe Carlos de Rumanía, en el sitio en donde se encuentre el cuartel general rumano.—Los turcos, que han acumulado las más considerables masas en Plevna, nos destruyen. Ruego hagas enérgica demostración, si es posible, paso del Danubio, que deseabas realizar entre el Fiul y Korabia. Esta demostración es indispensable para facilitar mis movimientos». Después, el veintiuno de Agosto, le envió este otro parte, desde Gorni-Studena: «Al príncipe Carlos de Rumanía, (donde se encuentre).—*Graiova-Simnica*.—¿Cuándo puedes pasar? Hazlo cuanto antes. La lucha es encarnizada en Chipka. Varios ataques han sido rechazados desde el nueve de Agosto. Combate continúa á pesar noche».

El veintiocho de Agosto, llegó el príncipe Carlos de Rumanía al cuartel general ruso, donde le esperaban con impaciencia. El emperador Alejandro le acogió cariñosamente, no obstante sentirse dominado por cierta tristeza. Los dos soberanos se encaminaron en seguida á la casita búlgara, en que habitaba el emperador, adonde acudió también el gran duque Nicolás. Interrogado el príncipe acerca de si pensaba encargarse del mando en jefe de su ejército, respondió que esto era lo más natural. Explicáronle después brevemente la situación apurada en que estaban los tres cuerpos de ejército ruso del Oeste (Plevna), del Este (Lom) y del paso del Chipka. El gran duque encareció la necesidad de que pasase pronto el Danubio el ejército rumano, por ser insuficientes las fuerzas que había en aquellos puntos y deber tardar bastante en llegar las que se esperaban de Rusia, á lo cual contestó el príncipe que estaban hechos todos los preparativos para cruzar dicho río y que, por lo tanto, podía emprenderse esta operación muy en breve. El deseo del príncipe de mandar sus tropas contrarió algo al gran duque; sin embargo, reconoció que era legítimo. El príncipe, por su parte, dijo que si no cabía exigirle que

se sometiera á la jefatura de un general ruso, era, en cambio, muy factible el poner bajo sus órdenes á algunos generales del ejército de Alejandro. Éste, entonces, le invitó á pasar á la tienda que le tenía preparada, adonde á poco fué el gran duque, participándole que el emperador le ofrecía el mando del destacamento del Oeste, es decir, del ejército ruso que debía juntarse con el rumano. El príncipe no aceptó sin enterarse antes de la verdadera situación de las fuerzas rusas que estaban delante de Plevna y de su contingente efectivo, muy mermado después de las últimas derrotas. Los errores cometidos en la dirección de las operaciones militares por los generales rusos y la poca consideración con que se le había tratado anteriormente, explicaban la actitud un tanto alterada adoptada por el príncipe Carlos. Así hubo de entenderlo el emperador Alejandro, que demostró la mayor deferencia y cortesía al príncipe. Al otro día, reinaba extraordinaria excitación en el cuartel general ruso: los personajes más importantes discutían con calor, queriendo averiguar las causas de los pasados desastres; el general Milutin culpaba á Ignatieff, tachando de inexactos é incompletos sus informes acerca del poder militar de los turcos, mientras aquél afirmaba haber dicho la verdad, y atribuía los fracasos sufridos á la defectuosa ejecución de las operaciones.

El treinta de Agosto, regresó Carlos de Rumania á Korabia. El estado-mayor rumano mostró alguna vacilación en lo tocante al paso inmediato del Danubio; pero, al fin, resolvióse comenzara el primero de Septiembre. Entretanto, se recibió un despacho del gran duque Nicolás, con la noticia de la salida realizada por Osman-Bajá. Los rusos habían tenido que retroceder veinte kilómetros, y el gran duque excitaba á los rumanos á atravesar el Danubio con la mayor prontitud posible. El estado-mayor rumano, para proteger al grueso del ejército en el paso del río, había hecho conducir en embarcaciones al territorio búlgaro algunos destacamentos. Según parece, esta circunstancia engañó á Osman-Bajá, el cual, suponiendo que se trataba del paso de todo el ejército rumano, quiso llevar á cabo su movimiento de avance antes que aquél se verificara. La mayor parte del ejército rumano, empero, cruzó el Danubio por un puente recientemente construido. Uniéronse en seguida rusos y rumanos, y tomaron nuevas posiciones delante de Plevna. El día anterior, el príncipe Imetirnisky y el general Skobeleff se habían apoderado de Lowcha, y el seis iban á aumentar con sus huestes el ejército sitiador de la plaza, defendida con tanto arte y valor por Osman-Bajá. Las fuerzas aliadas elevábanse ya á treinta mil rusos, con doscientos ochenta y dos cañones, y treinta y cinco mil rumanos, con ciento ocho piezas de artillería. El estado-mayor ruso sostenía la conveniencia de asaltar en seguida el campo y ciudad de Plevna; el príncipe Carlos se opuso, observando que, desde fines de Julio, Osman-Bajá había aumentado sus obras de defensa y recibido sin duda considerables refuerzos. Su opinión era que debía establecerse un sitio en regla, y calculó que, para este asedio, se necesitaban cien mil hombres. Nada, sin

embargo, era bastante á refrenar la impaciencia de los rusos, deseosos de vengar los descalabros sufridos y que, además, veían aproximarse el invierno y, con él, la paralización de las operaciones. Otra razón tenían los rusos para aconsejar el ataque inmediato: habiendo retrocedido el príncipe heredero desde el Lom negro hasta el Yantra, podría verse amenazado, en su primera línea, por Mehemed-Alí y, en la segunda, por Soliman-Bajá. El príncipe, que, fuesen cualesquiera sus convicciones, estaba interesado ante todo en no dar el menor pretexto para que se dudase de su valor y del de sus tropas, accedió á los deseos de los rusos, exigiendo, no obstante, que antes del asalto se cañonearan durante algunos días las posesiones de los contrarios. Hizose así, y durante cuatro días, del siete al diez de Septiembre, la artillería de los aliados vomitó torrentes de metralla contra las obras defensivas de los turcos, sin causarles grave daño: el ocho, se libró también un combate parcial, favorable á los rumanos, que desalojaron al enemigo del reducto de la Estrella: en cambio, el nueve, el destacamento de Imetirnisky, acometido de improviso en la cresta de la montaña Verde, enfrente de la aldea de Brestovez, perdió novecientos hombres. El día once, en que celebraba su santo el emperador, fué señalado para el ataque formal. Se combatió con furia, tanto aquel día como el siguiente, no obteniendo los aliados otra ventaja que la de apoderarse del reducto de Grivitza, triunfo casi inútil, que pagaron los rusos con la pérdida de diez y seis mil hombres y con la de cinco mil los rumanos. Las bajas de los turcos se calcularon en ocho ó diez mil. En un consejo de guerra, celebrado el día trece, parte del estado-mayor expuso su parecer de que acaso convendría retirarse sobre Nicópolis, al otro lado del valle del Osma; pero el emperador, el príncipe Carlos y el general Milutin disintieron de esta opinión. En los alrededores de Plevna, el aire estaba materialmente apestado: las ambulancias eran de todo punto insuficientes. Los turcos atacaron el reducto de Grivitza, siendo rechazados; pero, á su vez, los rumanos experimentaron grandes pérdidas al querer en vano arrojar al enemigo de un segundo reducto, que había en la misma posición de Grivitza, más allá del primero. El príncipe Carlos mandó construir atrinchamientos á lo largo de toda la línea, y que hasta nueva orden se permaneciese en actitud defensiva. Era evidente que no podría tomarse la plaza sin cercarla por completo. En Rusia, en tanto, se hallaban los ánimos muy excitados, censurándose la dirección que hasta entonces había tenido el ejército. El general Totleben, el héroe de Sebastopol, á quien se mantenía lejos del teatro de la lucha, fué llamado al cuartel general, adonde llegó el treinta de Septiembre, y después de examinar detenidamente las posiciones de los aliados, declaró que le parecían muy bien las medidas últimamente adoptadas, añadiendo que era de sentir no se hubiese seguido desde el principio el consejo del príncipe Carlos de emprender un sitio en toda regla. Tal es lo que al fin se acordó, encargándose de dirigir el cerco el famoso general. Mientras éste se iba acercando á la plaza por medio

de líneas de reductos y trincheras, perfectamente combinadas, el general Skobelef lanzaba á los turcos de las Montañas Verdes, que constituían uno de los nudos del sistema de defensa, y Gurkó, tras una serie de combates encarnizados, que riñó desde el once de Octubre hasta el veinticuatro de Noviembre, conseguía cortar las comunicaciones entre Plevna y Sofia, en donde Mehemed-Ali concentraba un ejército de auxilio. Soliman-Bajá, nombrado general en jefe del ejército del cuadrilátero, no logró operar una diversión hacia el lado de Tirnova, como intentara, y á principios de Diciembre, era detenido en Yakovitsa. El día diez del mismo mes, Osman-Bajá, cuyos víveres estaban agotados y que ya nada podía esperar del exterior, trató de salvarse, haciendo una salida desesperada. Vencedor primeramente, vencido, herido y arrojado en seguida sobre las orillas del Vid, tuvo que rendirse, después de haber realizado una de las defensas más hermosas que recuerda la historia.

Al día siguiente, entraron triunfalmente en Plevna el emperador, el gran duque y el príncipe Carlos. Alejandro II felicitó á Osman-Bajá por su valor, y le devolvió en persona su espada. El día trece, el Czar concedió al príncipe Carlos la orden de San Andrés, con espadas, es decir, la más alta distinción que se conoce en Rusia, dirigiéndole con este motivo una carta llena de elogios. El gran duque Nicolás recibió la condecoración de primera clase de la orden de San Jorge, que pocos poseen. El día anterior, había escrito el gran duque al príncipe en los siguientes términos: «Bogot, doce de Diciembre de mil ochocientos setenta y siete.

»Señor: Habiendo sido coronadas por el éxito más completo y más brillante las operaciones del ejército ruso-rumano contra Plevna, las tropas puestas á las órdenes de V. A. van á ser destinadas á otros puntos. Considero un deber darles las gracias por medio de una orden del día especial, que os envió junto con la que dispone la disolución del ejército de sitio. Los brillantes resultados obtenidos en Plevna débense, en gran parte, á la cooperación del ejército rumano y al estímulo que las tropas aliadas recibían de su jefe, cuyo valor y abnegación de soldado admiraban. Tengo un vivo placer en expresar á V. A. estos sentimientos, así como el muy grato que he experimentado al ver la confraternidad de armas entre las tropas rusas y las rumanas, que crea nuevos lazos entre ambos pueblos. Habiendo tenido la satisfacción de apreciar en estas circunstancias las eminentes cualidades que á V. A. y al ejército rumano distinguen, conservaré siempre de ellas un recuerdo profundo é indeleble. Reciba V. A. la expresión de los sentimientos de alta consideración y cordial afecto con que tengo el honor de ser de V. A. fiel amigo: Nicolás.»

Con los muchos informes particulares, remitidos al estado-mayor por los jefes de las distintas secciones, se redactó una memoria general del cerco y toma de Plevna, de la que el general Todleben envió, el diez y ocho de Enero de mil ochocientos setenta y ocho, una traducción al príncipe Carlos, diciéndole: «Puede ser considerada como un eco de la

grande obra realizada por el ejército de sitio mandado por V. A..... El recuerdo de esa obra quedará grabado en mi corazón, inseparable de los sentimientos de alta estima y de abnegación que V. A. ha sabido inspirar á todos aquellos que, como yo, han tenido la dicha de trabajar á su lado.»

En Asia, la fortuna de las armas había vuelto también la espalda á los turcos. Retiradas las tropas rusas de Armenia, se situaron en su mayor parte en Kurk-Dara, para defender la frontera caucásica. Recibidos los refuerzos que esperaban, el diez y ocho de Agosto reanudaron sus movimientos ofensivos, encaminados á impedir que Muktar-Bajá acudiese en auxilio de su compatriota Ismail-Bajá, que debía ser atacado por Tergukasof. El gran duque Miguel se encargó del mando supremo del ejército. Muktar-Bajá, no obstante haber logrado recuperar las alturas fortificadas del grande y del pequeño Yani, de que los rusos se apoderaron dos días antes, se retiró el nueve de Octubre á las posiciones de Aladya, que, emplazadas á treinta kilómetros de Kars, protegían esta plaza. Allí le atacó el gran duque Miguel, derrotándolo completamente. Muktar-Bajá resignó el mando en Osman-Bajá, que capituló obteniendo condiciones muy honrosas. Al ratificarse este convenio, dióse á Loris Melikoff el mando del ejército del Cáucaso. Desde aquel momento, los rusos procedieron sin obstáculo al sitio de Kars, ciudad que fué tomada al asalto en el mes de Noviembre, y en donde se apoderó el vencedor de trescientos cañones y de otros materiales de guerra en abundancia, haciendo diez y siete mil prisioneros, entre ellos ocho bajas, ochocientos oficiales y cuatro mil quinientos heridos y enfermos. Los rusos habían derrotado al enemigo en otros encuentros y sitiado á Erzerun, cuya próxima caída, á pesar de su desesperada resistencia, era inevitable.

Rendida Plevna, los rusos, desafiando los rigores del invierno, que amenazaba ser sumamente crudo, determinaron proseguir las operaciones y aprovecharse del desaliento del adversario. En su virtud, decidieron emprender la marcha sobre Andrinópolis, siguiendo dos direcciones principales: á saber, por el paso de Chipka y por el Balkan Etropol. El general Gurko se abrió camino á través de este último, con un frío intenso y entre fuertes nevascas. El treinta y uno de Diciembre, derrotó á los turcos en la aldea de Taschhösen y, al día siguiente, se apoderó del paso fortificado de Arab-Konak; el cuatro de Enero de mil ochocientos setenta y ocho, despues de reñir varios combates de escasa importancia, entró en Sofia, hallando allí gran abundancia de pertrechos de guerra; el once, ocupó á Ichtiman, y el trece, se hizo dueño de Tatar-Basardchik. Al tenerse noticia de la entrada de Gurko en Sofia, se ordenó al general Radetzky que tomase la ofensiva contra el enemigo en el paso de Chipka: su ejército, reforzado con un destacamento del general Skobelef, ascendía próximamente á unos sesenta mil hombres. Los rusos, verificando algunos movimientos, verdaderamente atrevidos, dejaron expedito el paso de Chipka, bloqueado desde Agosto, obligando á rendirse el nueve de Enero al ejército de